

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 409

25 CTS.



El torbe-
llino de
París

POR
Lil Dagover
Y
Gaston Jacquet

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**
EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 409

El torbellino de París

Comedia dramática, inspirada en la novela
«La Sarrazina», de Germaine Acrement.

Interpretada por
LIL DAGOVER, GASTÓN JACQUET, LEÓN
BARY y RENÉ LEFÉVRE.



EXCLUSIVA DE

Julio - César, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LIA TORA

El torbellino de París

Argumento de la película

Por caminos cubiertos de un blanco sudario se deslizaba velozmente en tierras de Francia, un tren.

En él iban, como en alas de un monstruo, seres de todas las nacionalidades, felices y desgraciados.

Entre los viajeros contábase un distinguido caballero, de respetable rostro y canoso pelo, cuyo porte era a todas luces de aristócrata.

El citado viajero contemplaba ensimismado el nevado paisaje, como si sus ojos hubieran cegado ante tanta blancura.

De pronto, cogió un periódico y leyó el siguiente artículo:

EL CASO DE AMISCIA NEGRESTE

"Sigue ignorándose el paradero de Amiscia Negreste, así como las causas que motivaron su desaparición. Como recordarán nuestros lectores, hace meses, en los círculos artísticos fué muy comentado el suceso, más inexplicable aún si se tiene en cuenta que éste tuvo lugar en plena gloria, cuando mayor era el triunfo alcanzado por la eminente cantante."

Y después de haberse impuesto por sin duda milésima vez de tal noticia, el noble caballero volvió a hundirse en la sima de su melancolía.

El tren siguió devorando kilómetros, sucediéndose incesantemente el albo paisaje, y por fin llegó a la estación donde debía apearse el triste viajero.

Junto a la estación hallábase, en espera de clientela, un conductor de trineo del que tiraba un caballo, avezado a pisar los resbaladizos senderos.

El caballero acercóse al coche y al ir a acomodarse al mismo, dijo al conductor:

—Lléveme usted a Tignes. Lo más rápidamente que pueda. Pagaré bien.

Hizo ademán de acomodarse en el vehículo; pero el buen hombre le respondió:

—Es imposible ir adonde usted me pide. Los caminos están interceptados por la nie-

ve. Unicamente me comprometo a llevarle hasta Zeez.

—Si no hay otro remedio, condúzcame usted a Zeez, y allí esperaré el momento de poder seguir mi camino por el medio que sea.

El trineo partió veloz hacia Zeez y sin ningún contratiempo llegó, poco después, a su destino.

Se detuvo ante la posada del pueblecito, y el posadero, hombre que por su considerable gordura pregonaba el buen trato que en su casa se daba a los clientes, recibió al caballero con profundas reverencias, encantado de que en su modesta casa pidiese albergue gente tan principal.

Como quiera que el recién llegado pidió habitación para pasar la noche, dispuesto a ocuparla hasta que los caminos que conducían a Tignes no estuvieran bloqueados, el posadero le ofreció el libro-registro del establecimiento para que se sirviera indicar en él su nombre y su origen.

Y así escribió el caballero: "Lord Meredith Abeston. Hyde Park. Procedente de Londres." Pero antes de escribir, leyó en el libro-registro: "Jean Scalone, escritor. Rue de la Paix, 237, París."

Lejos de sorprenderse, al enterarse de que allí se hallaba un escritor, supuso que éste buscaba seguramente inspiración en

aquellos alejados lugares, poetizados por la nieve.

Lord Abeston no se resignaba a dejar transcurrir las horas sin preocuparse de encontrar el medio de poder proseguir su interrumpido viaje.

Deseaba llegar cuanto antes a la meta de su deseo, pues ello constituía la más cara ilusión de su vida.

Todos los guías y los propietarios de trineos fueron consultados, pero ninguno se arriesgó a complacer al caballero.

Obligado, pues, a esperar a que la nieve desapareciera por sí misma, hundióse en un sillón, junto al fuego de la chimenea y entregóse a profundas meditaciones.

El posadero alimentó más y más el hogar, para caldear suficientemente la estancia, y así, en el blando ambiente, el caballero evocaba como en sueños, la historia de unos amores truncados.

Caía la tarde, cuando un nuevo personaje acercóse a la chimenea del comedor de la posada, deseoso de recobrarse del intenso frío que hacía fuera.

Era Jean Scalone, el escritor de París, hombre joven, fino observador, apasionado y cuya fama de hombre de letras la había alcanzado por derechos propios.

Cruzáronse las miradas de los dos viaje-

ros, y como no se conocían el escritor presentóse:

—Me llamo Jean Scalone, para servirle.

El lord levantóse del sillón, ofreció la mano al francés y dijo:

—Yo soy lord Abeston, caballero.

El francés acomodóse en el sillón fronte-
rizo al del lord e iniciaron una conversa-
ción sobre el tiempo y de súbito el escritor,
mirando fijamente a su interlocutor, mani-
festó:

—Me ha traído aquí el encargo de hacer
una información muy interesante para mi
periódico.

El lord, sin comprender el interés de
las miradas del escritor, a quien no recor-
daba haber visto nunca, repuso sonriente:

—Es una profesión admirable, el perio-
dismo.

El posadero interrumpió la plática de
los dos viajeros, acercándose al hogar a fin
de dar a su voracidad abundante alimento.

Y al ir a reintegrarse al mostrador, el
buen hombre no pudo menos de decir:

—¡Qué frío! ¡Qué frío hace fuera! ¡No
debe divertirse mucho la dama de Tignes
allá en la montaña!

Scalone y lord Abeston miraron, asom-
brados, al posadero.

—A quién se refería éste?

Pero lord Abeston supo disimular su in-

terés, todo lo contrario de Scalone, quien
preguntó:

—¿Qué dama es esa?

—Verá usted — continuó el posadero —,
hace tres meses, a fines de otoño, se hospe-
dó aquí una dama que se proponía, según
me dijo, vivir en Tignes. No le aconsejo el
viaje, le dije. Tignes, con los temporales,
puede quedar bloqueado durante el invier-
no. Pero ella no me hizo caso y siguió su
camino. No la he vuelto a ver, lo que me
hace suponer que sigue viviendo allí.

—¿Está usted seguro que, de haberse
marchado, habría pasado por aquí? — pre-
guntó el escritor.

—El propósito de esa dama no era otro
que el de trasladarse a Tignes, por lo que
es de suponer que, de no haberse quedado
en dicho pueblo, hubiese regresado a éste
para volver a París, de donde procedía.

Nuevamente los dos viajeros cruzaron
sus miradas, sin revelarse, empero, uno a
otro sus sentimientos.

El posadero, ajeno a lo que aquellos dos
hombres representaban en la vida de la fu-
gitiva, continuó diciendo, riéndose como
un muchachote:

—¡Es bellísima, y me parece mentira que
pueda vivir en sitio tan inclemente!... Al-
gún desengaño, tal vez...

El escritor miró a hurtadillas a lord Abeston y repuso:

—¡Quién sabe!

—Eso ha de ser o poco menos, porque para vivir allí es preciso que en el mundo no haya otro sitio propicio para los que se acogen al frío y a la soledad de ese pueblecito perdido, donde la mayoría de los habitantes vive con las bestias para contrarrestar un poco, con el calor de ellas, el frío invernal.

Esta vez, lord Abeston no pudo reprimir una mueca de amargura más que de repugnancia, al representarse a la fugitiva viviendo entre toda clase de animales.

El posadero, comprendiendo el interés con que los dos viajeros escuchaban sus palabras, prosiguió la narración como si fuese un descendiente de los preclaros oradores de su país. Pintó la vida de la gente de Tignes con buenos brochazos de sentimentalista y terminó así:

—Se les lleva provisiones una vez al mes, a costa de grandes dificultades.

Muy a pesar suyo, el lord tuvo que resignarse a la idea de que tendría que permanecer por un tiempo indefinido en Zeez en espera de poder continuar el camino hasta Tignes, e íntimamente suplicaba a quien pudiera atenderle que este momento llegase pronto.

El escritor que, como se habrá adivinado ya, se hallaba en Zeez por el mismo motivo que lord Abeston, no pudo reprimir por



—Se les lleva provisiones una vez al mes...

más tiempo sus ansias de reunirse con la dama del solitario pueblo y, después de varias semanas de espera, una noche emprendió a todo riesgo, solo y a pie, la ruta de Tignes.

No le detuvo ni el frío ni la nieve, que azotaba despiadadamente su rostro.

Unos días después, lord Abeston, a quien no dejaba de extrañar la repentina desaparición del escritor francés, enteróse de que aquella mañana iba a partir hacia Tignes un trineo cargado de provisiones para los habitantes del elevado rincón de mundo.

Apresuradamente alcanzó al conductor de dicho trineo, y al confirmarle éste que iba a tratar de conseguir llegar al montañoso punto, le suplicó:

—¿Quiere usted llevarme?

—No respondo del éxito de la empresa.

—Lo intentaremos juntos y no tendrá usted queja de mí, lo mismo en un caso que en otro.

Y así emprendieron el viaje...

La voluntad es el eje que mueve todas las potencias, pero no siempre vence sin grandes esfuerzos. El escritor no había podido triunfar en su intento, a pesar de haber desplegado toda la fuerza de su voluntad, y como el hombre, por mucho que intente desafiarla, no será nunca tan poderoso como la naturaleza, la vida misma, le sucedió que, impotente para luchar contra el frío, cayó rendido en mitad del camino, perdido en la nieve, de la que le recogieron unos buenos campesinos.

Mientras el francés recobraba en la cabaña de sus salvadores, lord Abeston lle-

gaba a Tignes, sano y salvo, con el trineo de las provisiones.

Los habitantes de aquel lugar recibieron con grandes muestras de alegría el carroaje de las provisiones. El conductor se dispuso a descargar éstas inmediatamente, y dijo al lord, al ver que se alejaba:

—Partiremos a las tres.

Lord Abeston preguntó a varios lugareños cuál era la casa de Amiscia Negreste, la dama que él buscaba, y logró llegar a ella.

Llamó a un gran portalón y acudió a abrir una mujer de avanzada edad.

Lord Abeston se la quedó contemplando con bondad, y la mujer, desvahando sus gafas, le reconoció al fin, y exclamó, gratamente sorprendida:

—¡Oh, ya sabía yo que usted vendría!

Entraron en la casa y juntos hablaron de Amiscia, de la que era madre aquella mujer.

Un poco después apareció la fugitiva, cuyo semblante se llenó de júbilo al encontrar allí, de modo tan inesperado, a lord Abeston.

—¡Oh! — exclamó, dirigiéndose a su encuentro.

Fué el suyo un arranque de gratitud y cariño, y lord Abeston, un tanto melancólico, dejó caer estas palabras:

—He supuesto que eras desgraciada, Amiscia, y por eso he venido.

Amiscia rechazó el abrazo que le brindaba el lord y su semblante se ensombreció. Toda la alegría que experimentara al encontrarle en su nueva casa, había desaparecido.

Las palabras del lord se le antojaban una humillación, significaban para ella que la piedad le restituía al caballero; y eso Amiscia no lo podía aceptar, y repuso:

—Gracias, no te necesito.

Y apartóse de él, como si no quisiera volverle a ver jamás.

El caballero insistió razonablemente, haciendo ver a Amiscia las consecuencias de su extraña conducta, pero ella siguió rehuriendo su contacto, y el caballero, considerando que todo estaba perdido para él, salió de aquella casa para llegar hasta la cual había tenido que imponerse tantos sacrificios.

La madre de Amiscia había procurado que el caballero no se marchase, invitando a su hija a la reflexión; y ahora, al ver huir al lord y a su hija caer desvanecida de emoción, corrió a dar alcance al que era causa de ello, y, llena de angustia, le rogó:

—Quédese, lord Abeston. Mi hija, aunque diga lo contrario, no ha olvidado nunca que es usted su esposo.

Y el noble caballero, no tan sólo por las súplicas de aquella madre, sino porque amaba intensamente a Amiscia, volvió sobre sus pasos y acogió a ésta con ternura.

Amiscia sintió en los brazos del caballero, que en ellos vibraba el cariño que siempre había hallado en el corazón de su marido.

Y como ella le amaba también, desaparecieron todos sus resquemores y miraron de cara a la vida con juvenil entusiasmo. Hablaron de su pasado.

Amiscia exclamó:

—¿Quién iba a pensar que nos encontráramos aquí, después de tres años de separación?

El lord asintió. En efecto, hacía tres años que se habían separado, y como en una cinta cinematográfica, los dos esposos vieron imaginariamente todo lo acaecido desde entonces.

Lord Abeston y Amiscia regresaban, hacía tres años, del teatro. Amiscia no pudo ocultar, aquella noche, a su marido, que estaba aburrida de la vida, a pesar de que él procuraba engalanarla con todos los caprichos que le eran gratos.

El motivo del aburrimiento de Amiscia no era otro que el verse alejada desde su matrimonio con el noble caballero, del teatro, la única ilusión de su vida.

Lord Abeston, muy cariñosamente, trató de quitarle del pensamiento la idea de la escena, considerándola indigna de un Abeston; pero Amiscia deseaba tanto brillar en las tablas, como en sus tiempos de soltera, que pudieron más las tentaciones de la fama que los amorosos consejos del compañero.

—Y por eso huí—dijo Amiscia, recordando el hecho.

Sí; huyó aquella misma noche, alzándose por este hecho una infranqueable barrera entre los cónyuges, pero nunca tuvo lord Abeston motivo de queja contra la conducta de la que seguía siendo su esposa, pues observaba una vida completamente normal.

Y Amiscia triunfó como siempre, por su arte y su belleza, que se entrelazaban de un modo maravilloso, compitiendo ambas cosas con idénticos méritos a la victoria.

—Y ahora, ¿por qué has renunciado a la gloria?—preguntó lord Abeston.

—¡Bah! La gloria... es tan efímera...

—No hablabas así antes.

—Tienes derecho a saber la verdad y voy a decírtela toda. Triunfé, sí, y en pleno triunfo, cuando todo parecía sonreírme, sentí miedo... miedo al futuro, al fracaso, a la vejez; miedo a ver derruirse ante mis ojos todo el sueño de gloria creado con tanto esfuerzo.

—¡Tú, tan hermosa!...

Amiscia miró a su esposo y estrechándose contra su corazón, como recordando el pavor que la estremecía al pensar en ello, exclamó:

—Miedo a la vejez...



—Y por eso huí.

Lord Abeston acarició a la adorable criatura y como un mozo, pues aunque su apariencia era de hombre reposado, su corazón se mantenía joven y bravo, le rumoreó:

—La vida puede empezar de nuevo para nosotros, Amiscia. Volvamos a Escocia.

¡Nunca he dejado de amarte! Tu sitio está junto a mí, junto a tu esposo...

¿Qué haría ella? ¿Desecharía definitivamente sus exagerados temores y aceptaría rodear su vida del amor y las comodidades que le ofrecía su noble esposo?

—No sé, no sé—dijo Amiscia—. Tengo miedo de mí misma.

—Amiscia, esposa mía, si lo que tus oídos desean es que yo te los regale, no me cansaré de repetirte que eres entre todas las criaturas la más hermosa, la más buena, la que no envejecerá jamás, porque mis ojos, desde los que te mira mi corazón, no lo permitirán nunca; porque el amor no se basa en un físico más o menos agradable, sino en la belleza interior, y la tuya, Amiscia, muy amada, es pura como la de los ángeles.

Esto debía ser, sin duda, lo que Amiscia necesitaba oír, pues que, apenas lord Abeston terminó su apasionada melodía, ella, agradecida, clavó sus bellos ojos en los suyos y ofreciose al beso de esposo y hombre enamorado que lord Abeston estaba deseando desde que había vuelto a ver a su mujer.

Del fondo de un baúl extrajo Amiscia joyas y prendas que usaba en Escocia, y al ponérselas apareció ante el caballero la castellana de sus ensueños, la única compañera de su vida, la que él deseaba tener a su

lado siempre, para que cerrase sus ojos cuando el beso de la muerte los estremeciera en suave temblor.

* * *

Mientras los esposos preparaban su inmediata partida para la bella Escocia, en la cabaña de los campesinos que lo recogerán de la nieve, el escritor Scalone volvía a la vida y, no pudiendo demorar ni un día más el ir al encuentro de Amiscia, agradeció a sus salvadores su generosa acción y continuó su camino, con fuerzas para llegar hasta el fin, que desde aquella aldea no se hallaba muy alejado.

Y el escritor llegó ante la casa de Amiscia en el preciso instante en que de la misma se disponían a salir para regresar a Zeez en el trineo que condujo las provisiones de los lugareños y que, como convenido, estaba a punto de marcharse, pues eran las tres.

Amiscia quedóse contemplando, extrañada, a Scalone y los dos caballeros cambiaronse, pero esta vez con manifiesta hostilidad, una rápida mirada.

Y Scalone, que desconocía lo que era para Amiscia el lord, avanzó hacia ésta, deseoso de besar su mano, al tiempo que decía, bendiciendo el instante de volverla a ver:

—Amiscia, al fin pude dar con usted.
Mas ella, muy digna, repuso:
—Amiscia Negreste ha muerto. No queda
más que lady Abeston.

Y señalando al caballero escocés, añadió:
—Le presento a mi esposo.

Scalone, asombrado, inclinó levemente la
cabeza y lord Abeston correspondió a su
saludo sin detenerse a más.

Y un poco después, el trineo se desliza-
ba suavemente por el lechoso piso hacia
Zeez.

La madre de Amiscia y Scalone contem-
plaron, cada cual con la dosis de amargura
que le correspondía, cómo se alejaban los
cónyuges.

En el trineo, lord Abeston preguntó a
su esposa cómo había conocido a Scalone, y
ella le contestó, de acuerdo con la realidad:

—Hace años le conocí en París. Fué, de
mis amigos, el más leal.

Y con la misma naturalidad que ella ha-
bía puesto en su respuesta, lord Abeston si-
guió preguntando a Amiscia:

—¿Te ama?
—Creo que sí.
—¿Y... tú?
—¡Yo, no! ¡Yo no he amado a nadie más
que a ti!

Y se abrazaron, dando el abrazo fe de
tal declaración.

Antes de alojarse definitivamente en Es-
cocia, lady y lord Abeston fueron a Pa-
ris para cumplir el deseo de este último
de adornar a su esposa con las más lujosas
galas de la ciudad del "dernier cri".

Los mejores modelos, las joyas más finas,
todo lo mejor fué adquirido por el caballero
escocés para la hermosa castellana.

Pero Amiscia no estaba curada del todo
de la enfermedad que produce la gloria, esa
sed abrasadora que a tantos soñadores aho-
ga...

La víspera del día señalado para la parti-
da a Escocia lord Abeston se hizo reservar
una mesa en el cabaret "Venecia" y en él
recibió Amiscia la sorpresa de encontrarse
con el escritor Scalone.

Lord Abeston le aceptó, risueño, a su
mesa y, estrechándole afectuosamente la
mano, le dijo:

—Sé que ha sido usted un buen amigo de
lady Abeston, señor Scalone, y se lo agra-
dezzo.

En la mente del lord no había el menor
asomo de dudas respecto a las relaciones
que había sostenido Amiscia con el es-
critor; pero como buen enamorado, no pudo
sustraerse al dolor de repentinos celos, al
ver a Scalone conversar muy cariñosamente
con Amiscia.

En el cabaret hallábase, aquella como to-

das las noches, Faverger, crítico teatral de no tantos escrúpulos artísticos como el público había dado en reconocerle.

Faverger conocía... y admiraba a Amiscia y no le quitó ojo de encima en toda la noche, esperando el momento de ir a saludarla.

Scalone, buen observador, estaba convencido de que Amiscia soñaba aún con la gloria y que sería muy fácil apartarla de su esposo mostrándole el brillo fascinador de los aplausos.

Faverger, desde su mesa, había hecho una seña a Scalone, indicándole que deseaba hablar con Amiscia, y el escritor, señalando la mesa del crítico teatral y de otros amigos, dijo a la bella:

—Mire, allí están todos sus amigos y admiradores.

Amiscia correspondió, muy feliz, a los saludos de todos, en tanto que lord Abeston no podía detener el ímpetu de sus celos.

Uno de los admiradores de la artista, dijo a los demás:

—¡Si consiguiéramos hacerla cantar!

Todos miraron al crítico teatral y le dijeron:

—Tú eres el único que puede lograrlo, Faverger.

—No tengo inconveniente en ir a pedírselo.

Y Faverger se disponía a trasladarse a la mesa ocupada por Alicia, cuando vió que ésta, invitada por Scalone, se levantaba para bailar con él.

Mientras bailaban, Amiscia, sin escuchar las frases de encendido amor que le susurraba Scalone, manifestóle, despidiéndose para siempre de él y de su vida anterior:

—Este es, seguramente, nuestro último baile. Mañana parto para Escocia.

Cuando terminaron de bailar, Faverger apresuróse a ir a la mesa de Amiscia y, saludándola rendidamente, como si no se hubiera consolado nunca de su prolongada ausencia, le suplicó que cantase algo, añadiéndose a su ruego los restantes admiradores.

—El público, su público, quiere escucharla y aplaudirla una vez más—insistía Faverger.

Lord Abeston no estaba dispuesto a permitir que su esposa cantase. Le prohibiría que tal hiciera al menor gesto de pregunta que ella insinuara.

Pero Amiscia, acariciada por la voz de sirena del éxito, prescindió de pedir su consentimiento al esposo y dejóse arrastrar por sus admiradores hacia el estrado de la orquestina femenina que tocaba en el cabaret.

Y cantó una romanza sentimental en la que se describía la amargura de las esposas

de los pescadores que abandonan sus lares en pos del alimento para los suyos, en un campo ilimitado, pródigo y generoso, pero lleno de peligros y de traiciones.

Y al terminar, los espectadores prorrumpieron en unánime ovación, lloviendo sobre ella las más exaltadas felicitaciones.

Scalone aprovechó la ocasión para infiltrar en el ánimo de Amiscia el anhelo de volver a saborear las mieles del triunfo, y ella, dejándose dominar, dijo a su esposo, cuando regresaron al hotel:

—Vivamos en París... quiero volver al teatro.

Dolorido, pero procurando mantenerse sereno, el caballero repuso:

—Me pides un imposible. Yo jamás viviré contigo si persistes en tu empeño de continuar tu carrera artística.

—Eres egoísta...

—Soy tu esposo y es justo que te quiera para mí solo.

—Entonces...

—Es inútil, me niego en absoluto.

—Me voy, pues. Quiero vivir mi vida.

—Como quieras. No encontrarás nunca en mí el hombre que quiere ser obedecido, sino al hombre que desea ser comprendido.

—¡Mejor hubiera sido dejarme en Tignes! ¡Allí, al menos, habría logrado olvidar!

—Que seas feliz, Amiscia.

—¡Adiós!

—¡Adiós, y si la vida te desengaña, recuerda que en Escocia te aguarda un hogar deseoso de engalanarse con tu llegada!

Y así fué cómo Amiscia Negreste se lanzó de nuevo en el camino del arte.

* * *

La artista abrió de nuevo las puertas de su hotel, cerradas desde su huída a Tignes. Se reunieron en sus salones sus antiguos amigos y Jean Scalone procuró conquistar el corazón de la codiciada mujer aprovechando la ausencia del esposo. Llegó a confesarle claramente su cariño.

—La amo a usted, Amiscia...

Mas ella, indiferente, contestóle:

—Sólo el arte me preocupa. Quiero desprenderme de todo afecto. Quizá más tarde...

Cierta noche, mientras se preparaba la reaparición, en la Opera, de Amiscia, presentóse en el hotel de ésta lord Abeston, que no se había sentido con fuerzas para emprender el viaje a Escocia solo.

Casualmente, Scalone le vió llegar, y encargóse de decirle, como si acabase de anunciar su llegada a Amiscia un criado:

—Caballero, Amiscia me ruega que la excuse.

Lord Abeston recibió un rudo golpe en su corazón con tal noticia; y creyendo, porque Scalone la amaba, que éste era la causa de que Amiscia no le quisiera ver, dió oídas a su corazón y entendiendo que no había en ello menoscabo para su dignidad de caballero, descendió a la humillación de decir al escritor, considerando que como hombre de letras le entendería perfectamente:

—¡Yo le suplico que me devuelva a Amiscia!

Estas palabras, y la forma con que fueron pronunciadas, sorprendieron a Scalone, hombre noble en el fondo, desarmándole...

Lord Abeston, aprovechando el silencio de Scalone, añadió:

—Ella era una aldeana... yo fuí quien la transformó en la mujer que es hoy.

Scalone, contestando a la franqueza con la lealtad, repuso al caballero escocés:

—¿Y si ella me amase...?

—¡No; ella no ama a usted, sino ese torbellino de que usted la rodea, y en el que se cree feliz!

El escritor iba a rechazar la opinión del lord, pero éste se lo impidió, añadiendo:

—Y lo que usted ama en ella, es su talento, su fama...

Scalone meditó. Las palabras del lord eran sentencias. La mayoría de las veces se desea a una artista por la aureola de

que está rodeada más que por sí misma. El lord, como esposo, podía hablar de ello mejor que nadie, ya que él no amaba a su esposa como artista, sino como mujer.

Y el lord siguió diciendo:

—Evítele la gran desilusión, que llegará un día, cuando la juventud y el éxito la abandonen.

La súplica del noble caballero era amarga, hablaba del gran amor que le unía a Amiscia, decía cuán bello es amar así. Y el escritor, haciendo honor a su condición de psicólogo, dió en su fuero interno la razón al lord, aceptando la lección que acababa de darle.

—Le prometo, lord Abeston, que he de hacer todo lo posible para devolverle a su esposa.

Y aquellos dos hombres, que eran nobles de raza, se estrecharon la mano. Eran dignos el uno del otro.

Entretanto, en el salón de Amiscia, Faverger, el crítico teatral, demostraba, a solas con ella, las perversas intenciones que le animaban a ayudar en su carrera triunfal a la hermosa artista.

—Gracias a mí, todo París espera con ansiedad su reaparición en escena.

—No lo olvidaré nunca, Faverger.

—Así lo espero...

Y como si quisiera cobrarse algo por ade-

lantado, el crítico se permitió ciertas libertades que la dignidad de Amiscia no pudo ni podría jamás consentir.

Y al verse rechazado de un modo categórico por la deseada mujer, Faverger, renco-



...se estrecharon la mano...

roso, vertió en sus oídos esta amenaza:

—¡Está bien! No olvide usted que, si sé elevar estatuas, también sé destruirlas...

—Se ha equivocado usted conmigo, Faverger, y lo siento...

Esta escena tuvo un testigo: Scalone, quien, reuniéndose a Faverger cuando éste

estaba solo, le preguntó intencionadamente:

—¿Confía usted en el éxito de nuestra amiga?

—¡Ahora, no!—contestó secamente el crítico teatral.



—Se ha equivocado usted conmigo, Faverger...

—Perfectamente. Yo lo celebro, porque estoy interesado en que fracase por completo.

—Yo le daré ese gusto, amigo mío.

* * *

Unos días después en Escocia, lord Abeston hallábase sentado ante su aparato de radio, esperando el momento de recibir la transmisión de la ópera *Mefistófeles*, con la que hacía su reaparición en París su amada Amiscia. Ya que no le era dado verla, al menos oiría su voz y se haría la ilusión de que ella estaba por unos momentos a su lado.

En aquellos instantes, en París, Amiscia esperaba en su camarín, lleno de flores, la voz del avisador para salir a escena. Le parecía que nunca había cantado ante el público y temía no salir airosa de su debut.

Unos amigos, los únicos que fueron a saludarla, la estimularon a tener confianza en sí misma, pero Amiscia sentía irreprimibles temores.

El vacío que le hacían sus antiguos admiradores y la hostilidad con que la trataba, desde las columnas de su diario, el crítico Faverger, eran un mal síntoma para ella.

Serenóse cuanto pudo y dió comienzo a la función.

El primer y segundo actos transcurrieron entre una manifiesta frialdad en el público, y Amiscia perdía toda su confianza.

Desde la puerta de su cuarto oyó los comentarios a que se libraban varios amigos suyos y percibió claramente cómo Scalone decía:

—Ella está por encima de todo...



...la estimularon a tener confianza en sí misma...

Noble amigo, pensó, y cuando él estuvo a verla, antes de empezar el tercer acto, ella le dijo:

—Yo le agradezco mucho esa confianza que tiene en mí.

Y parecía prometerle que empezaba a amarle.

Pero Scalone, no queriendo sacar partido de aquella falsa situación, portóse dignamente, no olvidando la promesa hecha a lord Abeston, y repuso:

—¡Perdóname! Reconozco que me he engañado: yo adoraba a la artista, no a la mujer...

Y estas palabras hicieron desbordar la copa del desaliento de Amiscia. Todo estaba perdido para ella. No quería salir a escena. Su fracaso era rotundo.

Pero, un alma buena, viejo empleado del teatro, consiguió serenar a Amiscia, asegurándole que ella tenía aún varios amigos que creían en su talento artístico.

Animada por la seguridad que le daba el buen hombre, Amiscia se sobrepuso a sí misma, haciendo un sobrehumano esfuerzo, y, resuelta a enfrentarse valerosamente al dragón de las mil cabezas que se le antojaba en aquellos momentos el público, cantó con brío, poniendo su alma en su garganta, y su triunfo fué rotundo, tanto, que las protestas de los que se habían propuesto hacerla fracasar, se vieron acalladas por los francos aplausos de los distinguidos abonados, tan reacios a manifestar su entusiasmo.

La carrera de Amiscia había llegado a su apogeo.

Scalone fué de nuevo a ver a la artista en su camarín y la felicitó cordialmente, como

artista también, por el triunfo que acababa de alcanzar; y al ver la hostilidad con que ahora ella le recibía, le reveló la verdad.

—¡Perdón, Amiscia! Esta maquinación contra usted ha sido obra mía.

—¿Cómo...?

—Había prometido a su esposo desengañarla a usted y devolverla a su lado...

Tras esto, desapareció, y Amiscia, al evo- car a su esposo, que debía estar esperándo- la allá en Escocia, con fe en que un día iría a él para no separarse jamás de su lado, emocionóse y comparó la vida que le brindaba su carrera artística y el cariño de un hombre.

—La gloria!... ¿Qué le daría la gloria? Alegrías pasajeras, desengaños a granel, y, finalmente... era mejor no decir más.

En cambio, su esposo le brindaba su vida, y eso, la vida de un hombre, valía más que la gloria.

Uno de los ramos de flores que adorna- ban el camarín, se lo había mandado lord Abeston con una tarjeta, en la que le repe- tía la frase con que la despidiera al decirle ella que iba a vivir su vida:

Si la vida te desengaña, recuerda que en Escocia te aguarda un hogar deseoso de engalanarse con tu llegada.

Amiscia besó aquellas flores y un buen

día, en Escocia, lord Abeston, soñando en ella junto al calor del hogar, creyó que su sueño tenía continuación al despertar, al ver sentada en el sillón fronterizo, a Amiscia...

Pero no, no era sueño; y para demostrarárselo, Amiscia fué hacia él y estrechóse contra su corazón, diciéndole:

—Al fin he comprendido y he vuelto para siempre.

F I N

Pida usted
La Novela del Chofer

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

EB